

—Es para poner tortas de manzanas. Lo mejor será que la lleve. Si encuentro por ahí alguna torta de manzanas, por lo menos no nos faltará bandeja. Ayúdame a meterla en este saco.

La operación les llevó mucho tiempo. Alicia, diligentemente, sostenía abierta la boca del saco, pues el caballero era bastante torpe en sus movimientos, tanto, que las dos o tres primeras veces que intentara introducir la bandeja, cayó dentro del saco de cabeza.

—Hay tan poco sitio ya —dijo, cuando al fin pudo acertar—. Está lleno de candeleros.

Y puso el saco colgado del arzón, junto a un verdadero arsenal de cacharros, herramientas, manojos de zanahorias, tenazas, e infinidad de cosas más.

—Supongo que llevas el pelo bien sujeto —dijo de pronto el caballero mientras emprendía la marcha.

—Como siempre —repuso Alicia sonriente.

—Es peligroso estar desprevenida —dijo con vehemencia el caballero—. El viento es aquí muy fuerte, tan fuerte como la sopa.

—¿Has inventado algo para que no vuele? —inquirió Alicia, medio en broma medio en serio.

—Todavía no. Pero tengo un sistema para que no cuelgue.

—Me agradaría conocerlo.

—Voy a complacerte. Primero te provees de un palo; atas a él el pelo puesto para arriba, como un árbol frutal. El pelo cae porque cuelga para abajo, eso debes saberlo. Las cosas nunca cuelgan para arriba. Es un sistema de mi invención. Si te gusta puedes adoptarlo.

—No me parece un gran sistema —pensó Alicia discutiendo sobre la *idea*. La niña se detenía a cada momento para sostener al caballero, que no era un gran jinete, por cierto.

Cuantas veces deteníase el muy a menudo, el caballero se detuvo; y en cuanto empezaba de sopetón, el caballero era alguna vez manteníase en equilibrio, pues escurriase por el mismo por el que iba Alicia venía mantenerse no muy ce-

—Temo que no tengas miedo al caballo —se atrevió a decir Alicia. El caballero lo izaba, luego de su quinta caída.

El caballero pareció muy satisfecho, pero con un mohín de resentimiento por la caída.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo el caballero, tambaleándose sobre la silla, con la mano a la trenza de Alicia.

—Pues porque los jinetes dicen que el caballo es práctico cuando tienen práctica.

—Yo tengo una práctica muy buena —dijo formal el caballero—. ¡Eno-

Alicia no tuvo más remedio que decirlo con el tono más natural que pudo. Corto trecho en silencio; el caballero se calló y hablando entre dientes, cuidándolo para evitar el in-

—El gran arte de montar a caballo —dijo el caballero en voz alta y acortando el paso mientras hablaba — es el arte de no caer.

Aquí el párrafo se cortó. El caballero rodó de lado del camino en el que la niña se llevó un buen susto, y mientras se levantaba le dijo muy ansiosa:

—Espero que no te hayas caído.